

## Fantasma

Carlos Arturo Gamboa Bobadilla



### I

Aquí he de volver  
Después de otras batallas  
Con mi equipaje de miedos  
Vacío de esperanzas  
Y el alma mancillada  
En el uso de los días.

Esas fueron sus palabras después de ver el rostro alejándose tras el vidrio susurrante del motor de un autobús. *Aquí he de volver*, decían

sus ojos rodeados por las acuosas despedidas, por el abrazo de su madre, por la mano levantada del hermano primogénito. Al principio pusimos un ramillete de silencio sobre el lugar que ocupó en la mesa, luego nos dolió la noche y el raciocinio terminó por convencer nuestras miradas.

### II

Su madre soñó que aquel cuerpo naufragaba en el asfalto. Vio, en su sueño, una ciudad que se alimentaba de sus huesos. Las calles roían su costado y las sombras letales de la existencia pronunciaban su nombre como una epepeya siniestra. En ese sueño él no podía levantar la vista, el peso de algo lo agobiaba. Aquella mañana su madre despertó susurrando:

Aquí ha de volver  
Después de otras batallas.

### III

Su refugio fue la temeridad. Enfrentó los secuaces nocturnos que ponen precio al mundo y hacen trueque con cuerpos mutilados. Apostó sus restos en la ruleta de la falacia disfrazada de utopías, pero no supo desilusionarse. Ni cuando vivió en las alcantarillas sintió deseos de rezar. Esa es una rareza en mí, argumentaba. *He de volver totalmente derrotado, como un curandero cuando retorna de la guerra*. Hubo un momento, de una noche aciaga, de un instante casi lapidario, en que sintió que ya no retornaría, que había muerto lejos y entonces vio el cortejo de los cuervos al paso de su fú-

nebre estancia. En los rostros de los pájaros se expandía una mueca de satisfacción, entonces supo que el momento se acercaba. Se levantó en la madrugada, quemó los periódicos que cubrían su frío y repitió aquellos versos:

Allá he de volver  
Después de otras batallas  
Con mi equipaje de miedos  
Vacío de esperanzas,  
Y el alma mancillada  
En el uso de los días.

## IV

Ya no recordaba el paso del tiempo, y poco le importaba coleccionar más calendarios. La muerte puede ser un obsequio en ciertos lugares. Lo único que importa es saberse partícipe de otras batallas, saber si se ganó o se perdió es un accidente. Las marcas de la guerra estaban aún latentes. Caminado bajo el zig-zag de las horas, mirando de día el pavimento y de noche el cielo, había emprendido el camino de regreso. Debía llegar sin nada, con las cicatrices, las marcas, los detonantes, las miradas, la huella de los pasos, el aire ahorrado en las asfixias, la carcoma de los dientes, las hambres contenidas, los días, los meses y los años. Sin nada.

Sin nada he de volver  
A esos lugares  
En los cuales consumí la infancia  
Pretendiendo alimentar un sueño,  
Sin presentir la existencia de otros mundos  
En donde las palabras no dicen nada.

## V

Las madres y las aves dominan el arte del presentimiento. Aquella noche ella no durmió,

sentía que los aletazos del tiempo traían polillas y memorias. Sobre el techo de *eternit* se podía reproducir los sonidos de unas pisadas distantes y cercanas, pisadas que retornaban al olor de menta y manzanilla, a flores de jardín cautivo, a leche materna, a golpe de cinturón de padre ebrio, a dura realidad. Quiso despertar al vecindario para explicarle que el fantasma de sus días ahora se aproximaba, que ella no había enloquecido, que el sueño del retorno era la forma ideal de la esperanza.

Aquí ha de volver  
Después de otras batallas.

## VI

Apenas pudo reconocer algunas paredes petrificadas por el tiempo, el resto era ajeno a su intelecto. Ya no había esquina con cerillos, ni parqueadero de mudeces, ni supermercado de barrio. Ahora todo tenía un color brillante plata, todo estaba en orden, alterado por el pincel que homogeniza. Solo el rincón, la pared de ladrillo, la puerta herrumbrosa, el hollín carcomiendo las ventanas, la innegable marca de los relojes de arena que tanto admiraba. Y sobre la ventana la luz titilante de una esperma y el rostro de su madre.

Acá había de volver  
Después de otras batallas

## VII

Ella supo que la espesa bruma de la madrugada erigía un rostro. Sintió su esencia, presintió el vago aletazo de los recuerdos, escuchó esos versos y su memoria atrofiada por décadas saltó al embate y empezó a gritar hiriendo la aurora:

Sin nada he de volver  
 A esos lugares  
 En los cuales consumí la infancia  
 Pretendiendo alimentar un sueño  
 Sin presentir la existencia de otros mundos  
 En donde las palabras no dicen nada.

Él la pudo observar hasta que el llanto rasgó la alborada. Contempló los surcos de su cara. Vio la colección de fotos en los cuales una sonrisa nada presentía. Entonces tuvo noción del tiempo, por un milisegundo le fue permitido lo vedado a los fantasmas. Recordó la fecha en que partía, vio de nuevo los vidrios a través de los cuales se alejaba el rostro de su hermano y de su madre, recordó los versos que hiló para aquella despedida, pero no pudo contemplar el autobús, ni el pavimento, ni los árboles... solo la tierra que caía sobre su cuerpo y que poco a poco lo alejaban. Había transcurrido ciento cincuenta calendarios.

-Soy un fantasma madre- gritó antes de que el

sol cruzará el primer rayo oblicuo sobre la mañana, y ella miró hacía donde ese grito desempolvaba los rasguños de la muerte. Supo que había retornado, sin ver su rostro había dado forma a su esperanza, entonces agarró la foto entre sus manos y se desplomó en el mundo de los vivos para recibir la metáfora del duelo que frente a su ventana ahora lloraba, mientras repetía los mismos versos:

Acá había de volver  
 Después de otras batallas  
 Con mi equipaje de miedos  
 Vacío de esperanzas  
 Y el alma mancillada  
 En el uso de los días.

Sin nada he de volver  
 A esos lugares  
 En los cuales consumí la infancia  
 Pretendiendo alimentar un sueño,  
 Sin presentir la existencia de otros mundos  
 En donde las palabras no dicen nada.

